

Los paganos no conocían la caridad ni aun de nombre, miraban á los pobres con inmenso horror é invencible repugnancia; así es que el juez no vió en aquella acción sino una burla sangrienta y en las palabras del diácono un insulto muy grave. *Laurencio* había realizado la primera parte del testimonio del salmo citado por San Pablo: "*Dispersit, dedit pauperibus.*" En recompensa su martirio, mostrándole justo, le acarrearía una gloria inmortal: "*justitia ejus manet in sæculum sæculi* (3).

II.

Aherrojado en las prisiones, el confesor es llevado al tribunal el día siguiente; empero la prisión había sido teatro de maravillas; el ciego *Lucilo*, al contacto de la mano de *Laurencio*, halla otra vez la luz en sus ojos por mucho tiempo oscurecidos; *Hipólito*, de la guardia del emperador, á la vista de este prodigio, abre los del alma á la luz de la fe y solicita la gracia del bautismo; *Romano*, sol-

(3) Psalm. CXI. 8.

dado del palacio, conmovido desde el interrogatorio anterior, acabará de creer al ver al mártir torturado en el ecúleo, y recibirá del mismo en la prisión las aguas de salud, y él é *Hipólito* sellan con su sangre la fe cristiana, que les reviste de indomable fortaleza; *Romano* mira un ángel de celestial belleza que enjuga el sudor de *Laurencio* en los tormentos; *Hipólito* contempla la gloria y la blancura de las almas de los cristianos martirizados.

Mas llega, h. m., el día de los combates; antes de los tormentos se emplean las amenazas, y antes de las amenazas los halagos y las promesas. Como á *Jesucristo* en la montaña, se promete á su ministro la gloria del mundo si se derriba á las plantas de *Júpiter Capitolino*; mas responde que los dioses son nada, y que adora al Criador del universo; que no teme los tormentos, y que la fortaleza con que ha de soportarlos será una prueba de la divinidad del Maestro á quien pertenece.

Y los tormentos se presentan á su vista en los instrumentos horribles de las

torturas: haces de varas duras y flexibles que despedazan cruelmente las espaldas; guijarros que quiebran los dientes con sus golpes; caballetes que suspenden el cuerpo en el aire tirando de pies y manos hasta hacer saltar, con indecibles dolores, todos los huesos de sus quicios; escorpiones ó azotes provistos de pesados plomos, sembrados de grupos de agudísimas puntas de hierro; una pesada parrilla cuyos hierros enrojecidos mucho antes al fuego, espantan la vista y aterran con su calor (1).

Dan principio los azotes, que manos acostumbradas descargan causando sangrientas heridas; pero dejando sitio para nuevas torturas. A los azotes sigue el ecúleo: atados pies y manos á un movimiento de las ruedas que enrollan las cuerdas, el cuerpo se levanta; á un nuevo

(1) En el libro de Ruinarth, *Actas de los mártires*, al fin de los volúmenes se ven en numerosas láminas los suplicios á que se sujetaba á los cristianos: causa horror sólo su aspecto; ¡qué sería su cruelísima aplicación! Los tibios cristianos de nuestros días deberían ver y admirar estos instrumentos, y admirar en ellos la heroica fortaleza de nuestros padres y antecesores en la fe.

impulso los huesos comienzan á crisparse; al tercero truenan todos y se arrancan de sus coyunturas produciendo inexplicables dolencias. Y el mártir no se queja, y Romano el soldado llora, y el juez, ante tal constancia, rabia y más se enfurece. Y ensaya un nuevo interrogatorio, que sólo sirve para hacer más resaltar el valor y la fortaleza del levita, cuyos miembros dislocados alargan el tamaño de su cuerpo torturado.

Y siguen los escorpiones!... y los agudos garfios, encorvados como garras de tigres, pasean sobre el pecho y el vientre del intrépido confesor, y van dejando profundos y sangrientos surcos, que en líneas rojizas se cruzan sobre sus blancas carnes!... El dolor es tremendo! Una nube de sangre pasa por los ojos del paciente, que cree llegado el instante de consumir el sacrificio, y hace de nuevo al Señor la oblación de su vida!... Pero no; la hora aún no ha llegado: una voz de los cielos descendida, lo alienta, lo consuela, y le anuncia que todavía le espera el gran combate; los circunstantes la escuchan; el juez también la percibe, y

atribúyela á la magia, y entonces un soldado ve á un ángel esplendente que enjuga la sangre que manaba de los surcos abiertos en la carne del atleta.

En tanto, a. h. m., el rostro de *Laurencio* resplandece de alegría, sus facciones se reaniman, confiesa de nuevo su fe ante el juez confundido, y á las palabras con que el mártir le echa en cara la indignidad de los ídolos, ardiendo en impotente rabia, manda golpear el rostro del paciente, y los guijarros, vibrados por la mano del verdugo, aplastan y desmenuzan los huesos de aquella boca que acaba de confesar tan valerosamente la fe del Salvador . . .

Y el suplicio más terrible se apronta: la pesada parrilla aún resplandece con un brillo rojizo; por debajo se atizan brasas medio encendidas para que el fuego lento haga el suplicio más doloroso y dilatado: *Laurencio* es echado á aquel lecho horroroso; los hierros caldeados se introducen en las carnes desnudas; el humo se levanta y se extiende, llevando el olor de la carne asada al fuego . . . (1). Ese olor

(1) Las operaciones que hacen hoy los cirujanos,

sube hasta el cielo suavísimo, como en otro tiempo el del sacrificio de Noé al salir del arca, y no es de extrañar que aun en la tierra, entonces mismo los neófitos, que asistían á aquel humano holocausto, hayan percibido un celestial aroma envuelto en el humo del sacrificio.

Las gotas líquidas que el fuego arrancaba, caían sobre las brasas convirtiéndose en humo, y medio apagándolas, y el mártir habla como en insultos á los verdugos, que acuden á avivarlas, cuando crujen los miembros desecados por el fuego: *Strinxerunt corporis membra posita super eraticulam: ministrantibus prunas insultat Levita Christi (Resp. III. lect.)* El tirano, viendo que aún habla y con voz tan entera, pregunta todavía por los suspirados tesoros; y el mártir, en medio de

hacen salir por las ventanas, humo copioso, cargado de ese olor empirreumático, característico de la carne y de la grasa quemadas; y si esto produce el calórico aplicado á un solo órgano, puede imaginarse lo que sería el hierro candente, y junto con el fuego, aunque lento, pero largamente aplicado en todo el cuerpo; sólo la crueldad de fiera de los romanos podía soportar tales espectáculos, y aun encontrar en ellos sus delicias!

las torturas, contesta: Asada está la carne, puedes revolverla y comerla, que en cuanto á las riquezas de la Iglesia que aún buscas, las manos de los pobres hanlas ya transportado á los tesoros celestiales. *Assatum est jam, versa, et manduca: nam facultates Ecclesie, quas requiris in caelesthesauris manus pauperum deportaverunt.* (Ana. in 2 Vesp.)

El sacrificio iba á consumarse; el mártir eleva más su espíritu al Señor, y viendo su carne humeante y sintiendo que el fuego le acaba la vida, exclama: "¡Dios mío, Señor mío! ahora que ya mi carne ha sido por vos consumida, mi alma vuela hacia Vos y á Vos se adhiere para siempre! ¡Gracias os doy, Señor; gracias os doy porque he merecido entrar por tus puertas!" (1).

Y mientras la carne sigue humeando en el hierro aún quemante, los ángeles presentan en el cielo el alma del mártir que acaba de dejar la tierra!

(1) *Adhesit anima mea post te, quia caro mea igne cremata est pro te Deus meus. Beatus Laurentius orabat dicens: Gratias tibi ago, Domine, quia januas tuas ingredi merui* (Aña. in laud.)

III

Mas no basta, m. a. h., ser espectadores del combate y aplaudir el gran triunfo, preciso es estudiar las lecciones que de allí saca la Iglesia: «*Dispersit dedit pauperibus: justitia ejus manet in saeculum saeculi.*»

El que hace algún don que espera sacar ganancia, dice el Angélico Doctor, da prontamente, abundantemente y gustosamente (1); y esto denota la palabra «*esparcir*» *dispersit*; pues el que siembra con facilidad, con gozo y con abundancia esparce en el surco la semilla; y aun la lengua sagrada, como nota San Crisóstomo, más que repartir ó distribuir significa desperdiciar, hacer pedazos un objeto, para que se vea cómo la limosna ha de ser abundante hasta parecer un desperdicio á la prudencia humana, como pareció al Em-

(2) *Quicumque dat aliquid quod multiplicatur sibi, debet prompte, abundanter, et hilariter dare; sicut videmus quod homines abundanter et prompte et cum gaudio seminant semen, quia multiplicatum illud recolligunt.* (D. Th. ubi supr.)

perador las riquezas distribuídas á los pobres por San Lorenzo. Esto lo hizo prontamente, en dos ó tres días, copiosamente; pues nada reservó y lo dió todo alegremente, obedeciendo al Pontífice y al Evangelio.

Gozoso y meritorio en alto grado es dar á los pobres, *pauperibus*, dice San Juan Crisóstomo (1), y pecaminoso y triste es contribuir con recursos á los espectáculos teatrales y otros que corrompen á los pueblos.

Hoy se toca la trompeta de la fama al hacer ciertos donativos, y quien se desprende de algunos centenares de monedas, espera ver figurar su nombre en los diarios ó estampado con el título de bienhechor en el mármol de los templos. Nuestros padres se desposeían en un sólo día de su patrimonio, glorificando al Señor en su obediencia al Evangelio, y en la simplicidad de su fraternal comunicación, como dice San Pablo (2). El dar por ajena

(1) Homil. in. h. l.

(2) *Glorificantes Deum in obedientia confessionis vestre in evangelium Christi, et simplicitate communicationis vestre in illos et in omnes.* (2. Cor. IX. 15).

mano y callando su nombre, cual lo practican aun algunos cristianos de viva fe que aun restan, es excelente modo de repartir la semilla de la caridad haciendo bendecir al Señor y recogiendo eficaces oraciones para sí, que atraerán celestes y aun terrestres bendiciones (1).

Sí, h. m., en nuestros tiempos de positivismo, es muy conveniente notarlo y aun demostrarlo: la limosna, lejos de amenguar los caudales, los aumenta; lejos de causar deficiencia en los intereses temporales, trae completa suficiencia, como lo pregona San Pablo: "*in omnibus semper, omnem sufficientiam habentes,*" y basta que el Angélico Doctor lo entienda aun de la suficiencia en los bienes terrestres para creer que toda la tradición católica lo asegura. Mas á esta abundan-

(1) *Et ideo dicit: (Apostolus) abundetis in omne opus bonum, id est abundantem affectum habeatis ad dandum elemosynam. . . . et tamen habeatis plenam sufficientiam bonorum exteriorum,* (D. Th. *ibid.* lect. II.) "*Qui autem administrat semen seminanti, et panem ad manducandum prestabit,*" quasi dicat: *Experti estis quia hoc ipsum quod datis in elemosynas, habetis a Deo; et ideo debetis libenter dare amore Dei.* (Id. *ibid.*)

cia que trae la limosna, se opone y se ha de oponer siempre una objeción que parece invencible, porque parte de la aritmética y los números son invencibles. Si de una cantidad, por grande que sea, se quita otra, aunque sea muy pequeña, la primera se disminuye; y si aquélla se reparte ó se divide, la otra disminuye con más rapidez: la sustracción y la división disminuyen los números, así como la adición y la multiplicación los aumentan. Ahora bien, la limosna sustrae: *dedit pruperibus*, y también divide: *dispersit*; luego amengua las fortunas, aminora los caudales y mina los intereses. ¿Qué puede oponerse á esto?

Cristianos: la fe nos revela las leyes de la aritmética del cielo, á veces muy distintas de las de la tierra. He aquí una, dos veces proclamada en el Evangelio: "Al que tiene se le quitará" (1); á los hambrientos hinchó de bienes; á los ricos los despidió sin nada (2). He aquí un ejemplo social que tenemos á la vista cada día: el préstamo usurario: el que presta, sus-

(1) Math. XIII. 11. XXV. 29.

(2) Luc. I. 53.

trae de su caudal y disminuye; pero al recoger aumenta los intereses; pues escuchad: la limosna es una usura, no sólo lícita, sino santa y piadosa: "*Foeneratur Domino qui miseretur pauperi*" (1). El que socorre al pobre, presta á usura al Señor, dice la Santa Escritura; y los Santos Doctores no se cansan de repetirlo, como el Crisóstomo y el Crisólogo. Y tras el ejemplo social, San Clemente Alejandrino (2) dice que la limosna es una fuente perenne que no se agota porque se tome de sus aguas; San Isidoro dice lo mismo, y añade, que al agotarse las fuentes "*uberius scaturiunt*" más abundantes brotan, "*altiusque quam primum exiliunt*," y arrojan sus aguas á mayor altura, (3) y estos dos con San Basilio emplean igualmente la comparación de los senos maternos, á los cuales, acude más el sustento cuanto mayor es la succión que el infante les aplica: "*sicut ad ubera quæ suguntur*

(1) Prov. XIX. 17.

(2) *Largitio bonus sit fons benignitatis et potum scientibus communicans, rursus angetur et repletur.* (Lib. 3. Pedag. cap. I.)

(3) *Isid. Lib. 1. Epist. 466 ad Seren.*

vel mulgentur, solet lac copiosus accedere;" y así del mismo modo, concluyen: "*divitiae cum hauriuntur decrementum minime patiuntur*" las riquezas agotadas por la caridad de ningún modo se disminuyen ni se gastan. ¿Por qué no creer á estos piadosos Doctores que hablaban no sólo con ciencia, sino también por experiencia?

Nos falta, cristianos, la caridad en el corazón; si amamos al Señor, y en el Señor á nuestros hermanos, se podría decir de cada uno de nosotros como del glorioso mártir: "*Dispersit dedit pauperibus,*" y la recompensa sería en el siglo y del siglo, ó como explica un doctor, disfrutárase, desde el siglo presente y durante el futuro; "*justitia ejus manet in saeculum saeculi.*"

Oremos, por tanto, con la Iglesia, para que obteniendo el amor que abrasaba á San Lorenzo, podamos practicar la caridad de que nos dejó tan bello ejemplo. Sí, Señor! levantad en vuestra Iglesia el espíritu de fe, de caridad y de celo á que tu siervo fué siempre fiel, para que amando lo que el amó, ejercitemos las obras de caridad que con su ejemplo nos enseñó.

Excita Domine in Ecclesia tua Spiritum cui beatus Laurentius servivit: ut eodem nos repleti, studeamus amare quod amavit et opere exercere quod docuit. Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum qui tecum vivit et regnat in unitate ejusdem Spiritus Sancti, Deus, per omnia saecula saeculorum. Amen.



177

